

primir vuestra afección, y me deciais. . . Estos generosos sentimientos bien los testificó V. E. á quantos tuvimos la dicha de tratarle, y de admirar sus profundos conocimientos políticos y literarios, realzados con su profunda modestia, é ingènua amabilidad. Conocia V. E. lo que habíamos sido los españoles, y lo que podríamos ser baxo de una mano sábia, porque conocia nuestra historia económica, política, y militar: y buscaba, y leía nuestros libros, enamorado de nuestra lengua, y de ellos sacaba nuevas ilustraciones con un conato y afición, como si se hubiese encargado del oficio de Cronista de los reynos de España.

Supe, por una feliz casualidad, que habia V. E. preguntado por mí á los principios de nuestra interrumpida correspondencia. Sí, Milord, vivo aún, despues de haber tenido tantos motivos para aborrecer la vida: vivo sí, para ver el castigo de los que me tenían presas las manos y la lengua: vivo para predicar el santo nombre del Dios de los exércitos, el triunfo de la virtud, y las glorias de la patria: vivo, en fin, para que pase por el mar libre, de mis manos á las vuestras este testimonio de mi inalterable fé y gratitud. Dispensadme, Milord, vuestras órdenes si no queréis dexar ociosos mi amor y obediencia; y hacedme participante del gozo de vuestra alma, desde que la lealtad española abrió á la generosidad inglesa el gran teatro de esta península, en donde pueden brillar el valor y el honor de entrambas naciones, pues hay campo para todas.

Milord, soy con el mas profundo respeto el mas afecto y reconocida servidor

de V. E.

Antonio de Capmany.

Madrid 15 de Septiembre de 1808.

CENTINELA

CONTRA FRANCESES

POR DON ANTONIO DE CAPMANY.

No es éste tiempo de estarse con los brazos cruzados el que puede empuñar la lanza, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar del don de la palabra para instruir y alentar á sus compatriotas. Nuestra preciosísima libertad está amenazada, la patria corre peligro, y pide defensores: desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada, y los otros con la pluma. Ya vino el día en que pueden salir del pellejo los corazones; y puedo yo añadir que he llegado dichosamente á la época de mi edad, en que el hombre de bien y el buen ciudadano, ni por esperanza de mejor fortuna, ni por temor de la muerte, debe hacer traicion á su conciencia. ¿Qué diría de mí la patria? ¿Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio? ¿Yo mudo ahora? ¿Yo, que hace tantos años que no he empleado la pluma y mi zelo sino en honra y gloria de mi nación, ahora sin dar señales de vida en el momento en que el enemigo de la Europa maquina su esclavitud, ó su desolacion? Manos á las armas, y Dios bendiga la noble intencion de tan santa empresa. Despues de tantos y tan varios papales, publicados dentro y fuera de la Corte, ya en prosa, ya en verso, desde la retirada de las tropas francesas, que mal viage lleven, ¿qué título podia yo elegir sin repetir alguno de

2
los usados ya, en esta época del desahogo nacional, bajo los nombres de diálogos, avisos, consejos, clamores, proclamas, lamentos, y otros alegóricos? Pero, acordándome que anda entre nuestros libretes uno intitulado *Centinela contra judíos*, me pareció adecuado título para aplicarle á los franceses de de hoy, peores que judíos en sus pensamientos y mas crueles que trogloditas en sus obras, desde que se han dexado regenerar por el impío y atroz Napoleon (llamado en el siglo Bonaparte), pues tienen á dicha, honra y blason, no con pequeña vanidad y orgullo nacional el postrarse á sus inmundas plantas. Adoran allí con temor y con temblor su exécrable nombre, y besan con el mas humilde respeto, y *sensibilidad* convertida en instinto, las cadenas imperiales con que su Imperial Magestad los ha ido enlazando en fraternidad imperial, haciéndoles olvidar la reciente republicana, y la antiquísima cristiana, para formar la grande familia de esclavos escogidos que componen hoy el Imperio francés, no siendo lo su augustísimo intruso Emperador, aborto de un islote, de cuyos benignos naturales se dice, como por proverbio, *que no perdonan hasta despues de muertos*.

Aunque parezca ya intempestivo el oficio de centinela entre mis compatriotas, que con muy costosa experiencia han tenido que desengañarse de las depravadas intenciones del atrocísimo Corzo, que á título de íntimo Aliado nos habia dexado sin camisa, y con el de Protector venia ahora á quitarnos el pellejo, que era lo único que nos quedaba; no será inútil, ni fuera de tiempo, prevenirnos contra qualquiera temor, ó desconfianza que pudiesen infundir en animos apocados el poder de sus armas, la fama de sus victorias pasadas, y los decretos de su venganza; ó contra toda esperanza de paz, ó de amnistía, que nos ofreciese su pérvida política, sostenida por sus íntimos consejeros, tan iniquos como su amo: porque nunca ha errado S. M. I. y R. en la elección de sus ministros, ni en la de sus fieles generales, que cumplen rigurosamente sus atroces preceptos, no solo como buenos servidores, sino como siervos viles.

3
Bien preveía yo algunos años hace en vista del sistema que seguia este afortunado usurpador en el curso de sus conquistas, que la España no sería el menor objeto de su insaciable ambición; por que tarde ó temprano debia invadirla, luego que acabase de cortar, ó de abrirles los cascotes á las demás testas coronadas, para revestirse despues del título de *Rey de Reyes* que se hacia tributar el vanísimo y sobervio Tygranes deslumbrado de su poderío. Pero confieso que me engañé, y que perdí el juego con buenas cartas, creyendo que suspenderia la invasión de temor de perder con ella los dominios de ambas Américas, pues rompía el conducto por donde solo podia y debia venir á la Francia en una paz general el oro y plata del nuevo mundo, y sus ricas producciones en retorno de los envíos de géneros de las fábricas europeas, cuya absoluta ruina era inevitable.

Pero al fin su natural impaciencia, su errada confianza, y la ignorancia de sus sagaces consejeros, que respiran el ayre que les quiere repartir, le precipitaron á consumir su malvado proyecto, luego que se desembarazó de enemigos en el continente, y despues de haber disfrutado, como de hacienda propia, los fondos de nuestro erario con pretextos que le daba aquel iniquo y fatal Tratado de alianza perpetua que nuestro ignorante y tímido Godoy, muchos años antes de ser traidor á su patria, ajustó y firmó con el venal Directorio. Los males y calamidades que hemos sufrido y sufrimos ahora cuentan la fecha desde aquel imprudente é ignominioso Acto, que fué el preludio de la sabiduría y sagacidad diplomática del flamante Príncipe de la Paz, á cuya inexperta y desgaciada mano estaba entregado el timón de esta gran Monarquía, y lo ha estado hasta que él mismo ha echado á fondo la nave y la tripulación.

Por aquel violento Tratado quedó la España esclava y tributaria de la Francia perpetuamente. Desde entonces quedó esta Monarquía políticamente conquistada,

y como tal ha sido siempre tratada por el Gobierno francés. Sus Embaxadores nos adulaban recién llegados, luego nos amenazaban, y al fin se despedían llenos de tesoros y de regalos, y muy ricos de noticias de nuestras miserias, hijas de la negligencia y flaqueza de nuestro Gobierno, depositado con absoluta soberanía en los torpes brazos de aquel disoluto garzon, que no los tenía abiertos de día y de noche sino para estrechar en ellos bellezas prostituidas á la lascivia de un otomano bautizado, que con tan costosos sacrificios vendía los favores, los honores, y los empleos del Estado. Y como el Corzo, siendo Cónsul, y despues siendo Emperador, no quería que uno solo mama-se la cabra, mudaba tan á menudo sus Mercurios, quienes venían con nuevas instrucciones, y con pretensiones mas insolentes: y de este modo se repattia entre muchos el fruto de su interesada mision, llevándose cada uno á su amada Francia parte de la sustancia de la despreciada España.

Por aquel infame Tratado nos hemos visto obligados á romper dos veces con la Inglaterra, padeciendo pérdidas y ruinas imponderables en nuestro comercio y navegacion, en la marina militar, y en nuestras fábricas, interrumpida toda comunicacion con las Indias, patrimonio del Imperio Español, y separados los hermanos de esta península de los de aquel emisferio despues de tres siglos que heredaron la lengua, las leyes, el honor, y la religion de España.

Por aquel infame Tratado hemos tenido que armar y mantener esquadras auxiliares para perderlas en todos los combates, en que por mandado del sapientísimo Napoleon hemos tenido que combinar nuestras fuerzas marítimas con las francesas, ó de proteger sus disvariados proyectos navales, para cuyo acierto la fortuna no le ha sido tan propicia como en los de tierra: allí no ha podido servirse de sus malas artes. Por ayudar á nuestro íntimo amigo y aliado, ó mas bien por obedecerle, hemos visto destruida en menos de seis años nuestra marina con pérdida de 8

navios de tres puentes, 26 de línea, y otras tantas fragatas, aniquilados nuestros arsenales, sacrificados muchos millones, y la vida de mas de 200 hombres embarcados. Nos hace estremecer la memoria sola de la batalla de Trafalgar; á cuya fatal accion nos obligó la ignorancia, petulancia, é impaciencia francesa, sostenida por el desatinado é irresoluto Godoy (confundale Dios, amén). Bonaparte instaba por momentos la salida de la grande armada, no para pelear, sino para llevar nuestros navios á Tolón; pues desde que salieron de Cádiz, ya no eran de España, ni habían de volver á ella. Tragáraselos el mar, ó consumiéralos el fuego, si hubiesen podido salvarse tantos millares de víctimas, antes que aumentar con nuestras fuerzas las del Tirano, que había de venir despues á conquistarnos. En fin, si nos fuese posible cerrar nuestros corazones al dolor y á la compasion, ganámos en aquel funesto día una victoria contra Napoleon, que no pudo lograr su pérfido plan de coger intactos nuestros buques, y vivitas nuestras tripulaciones en sus puertos, cuya costosísima manutencion debía correr á expensas de nuestro erario; nueva sanguijuela de la sangre de nuestra nacion, con la que iba engordando el Gran Ladrón de la Europa.

Por aquel infame Tratado nos estuvo arrancando ese Napoleon con fieras peticiones el subsidio de tropas en dinero, pues le tenía mas cuenta que en carne, á razon de doce millones de duros cada año, cuyos plazos nos pedía con la autoridad de un soberano sobre sus súbditos, y al menor retardo nos amenazaba con la conquista. Pero creciendo despues su soberbia con su misma potencia, y nuestra timidez con nuestra debilidad, nos sacaba dinero, carne, y esquadras.

Por aquel infame Tratado, acometido Godoy por una parte por el Gobierno Británico, que no quería permitir que con nuestros millones engordase el dragón de la Francia; y por otra, amenazado de las iras de aquel dragón si intentaba separarse de su obediencia; en vez de

negarse a con firmeza, armando cien mil españoles, de los cuales no hubiera ido ninguno al Norte como fueron des- pues (¡qué dolor y qué ignominia!), y contando con las fuerzas de la Inglaterra, que hubiera hecho causa común, prefirió reñir con el Gabinete inglés, hasta echar la brava al ministro que entonces residía en Madrid: que enviara á Napoleón 60000 españoles para el desembarco de Inglaterra. ¡Quántas desgracias llovieron sobre nosotros por esta primera desavenencia diplomática! En los primeros tres meses de guerra perdió la nación en buques, cargamentos y plata el valor de 40 millones de pesos.

Pero, ¿me dirán, aquel Godoy, instrumento de nuestra ruina, aun antes de ser traidor, que provocaba la guerra, y no podía dexar de ver próximo el rompimiento, ó el peligro de las hostilidades marítimas; ¿como no despachó con tiempo, y con secreto, desde nuestros puertos avisos á la América, á Canárias, y al encuentro de nuestros retornos para suspender toda navegacion, y evitar tanta ruina? Pero ¿qué podíamos esperar de aquel idiota, aconsejado de su propia ignorancia, que en tres quartos de hora, medio en pie, medio sentado, con el cigarro en una mano, y pellizcando con la otra alguna beldad de su devocion, despachaba la inmensidad de negocios de ambos mundos, unos de palabra á lo oráculo, y otros con breves y obscuras resoluciones á lo tirano?

Pocos dias antes de esta precipitada ruptura con el ministro Británico, que degeneró en pependencias y de nuestros personales, podía aquel Privado, á no estarlo de razon y de juicio, haber libertado la España para siempre del pesado yugo de aquel ruinoso Tratado, que el mismo dexó que nos pusiese perpetuamente el Gobierno francés, á tan buen amigo de nosotros entonces, como lo es el actual. Véase la sana y leal intencion con que estan concebidos sus Artículos, tan laconicos como ambiguos, para encubrir la malicia y engaño de su contesto con la estudiada brevedad y aparente sencillez de sus cláusulas, dictadas y extendidas en París, como ahora las de la re-

napoleónicas, y de sus satelites coronados. Recobrarémos la libertad de publicar la Gazeta de nuestra Corte toda de nuestra cosecha, ó eleccion, y no dictada al beneplácito de los Embaxadores de Francia, que tenian atadas las manos al compositor en los artículos concernientes á noticias políticas y militares del resto del mundo: pues debian copiarse servilmente del mentiroso *Monitor*, y *Publicista* de París, únicos periódicos que se permitian leer y extractar. Esta dura dependencia, por no decir servidumbre, ha tenido que sufrir algunos años nuestro Gobierno, obligado á mantener engañada y alucinada la nación, ignorante del estado político de la Europa, y de la verdad de los hechos que desfiguraban, y de los que ocultaban los papeles públicos de Francia, que solo decian lo que su ministerio les mandaba, ó les permitia decir.

Con esta guerra, única salud de la patria, saldremos del peligro espantoso de perecer todos al rigor de una hambre general, si por última desgracia no nos hubiese favorecido el Cielo con la abundante cosecha del año último y del presente: pues los decretos del bárbaro é iracundo enemigo de la Inglaterra, antes de habernos conquistado con las armas nos tenian cerrados los puertos de esta peninsula á todo pabellon. Ni de moros, ni de cristianos, por la represalia y despecho de la Inglaterra, podíamos esperar socorro en caso de necesidad. ¡Qué horrorosa perspectiva se presentaba á mi imaginacion, quando, para acrecentar mas mis temores, veía entrar legiones de demonios ó franceses, á comernos nuestro pan!

¿Qué sería ya de nosotros si se hubiese repetido la carestía y miseria del año 804, con la sobrecarga de nuestros parques y compasivos huéspedes, de cuyas mesas hubieramos esperado, como perros, algun mendrugo que roer. Nueve meses, antes de la menor hostilidad los han tenido encima las dos Castillas á razon de 200 libras de pan, 5 fanegas de cebada, 6 arrobas de paja, y 100 libras de carne, diariamente. Añádanse las pérdidas y desperdicios causados por las violencias de la exacción arbitraria.

Con esta guerra nos libertaremos de tener otras, pues de dos siglos á esta parte todas han sido por la Francia, ó contra ella. Por estar su territorio interpuesto entre nosotros y los demas pueblos de Europa, no nos podremos abrazar como hermanos, pero les alargaremos la mano por los puertos marítimos que visitará el pabellon anglo-hispano: por estos les comunicaremos nuestro esfuerzo, nuestro exemplo, y nuestra eterna amistad contra el comun tirano, escándalo de la tierra.

Con esta guerra nos libreremos de la molestia y asco de dar oídos á la fastidiosa turba de sabihondos, ideólogos, filósofos, humanistas y politécnicos, todo en una pieza, que, sin perjuicio de las que viniesen despues, nos iban introduciendo *escuelas centrales, normales, elementales, institutos, y establecimientos de beneficencia*, por no nombrar, á estilo español y cristiano, fundaciones ó casas de *cari- dad, ó de piedad, ó de misericordia*; y todo para formar el espíritu y el corazon á la francesa moderna. Ya nos habian introducido, como misterio de una segunda redencion del linage humano, cierta regeneracion mecánica de la niñez á lo esguízaro-pestalozziano, baxo la inmediata proteccion del pueril, frívolo, vano, y botaráte Generalísimo de mar y tierra, quien no satisfecho de haber desmoralizado á quantos machos y hembras tenian que es- perar su favor, queria últimamente humillarnos hasta exi- gir que los padres y las madres se volviesen bestias, y sus hijos máquinas; pues necesitaban de palotes y barajas pa- ra pensar, y de reglas y maestros para saltar como cabras monteses, ó trepar como monas. Que bien dixo una po- bre muger al oír contar tales exercicios y habilidades: *Esta me parece escuela para ladrones*. Los padres, por adulacion al altísimo protector, se tenian por dichosos si lograban en- tregar sus tiernos hijos á esta barahunda de locos, de don- de habian de salir fátuos, ó perniquebrados. ¡Y despues nos admiraremos si al ídolo Moloch sacrificaban los anti- guos Cartagineses tantos niños para aplacarle! Pero aquí nuestro ídolo se cansó de los holocaustos, como se cansa-

ha de todo, y echó, á rodar el ara y á los sacrificadores. Solo nos ha faltado que otra casta de filantrópicos hubie- sen establecido un anfiteatro de *Craneología*, para dar al sexó femennio de la Corte motivos de filosofar, ó bachi- llerera.

Con esta guerra en fin seremos mejores cristianos, por que, acostumbrados en los sucesos adversos á levantar los ojos al cielo para pedirle favor, y en los prósperos para darle gracias, se arraigará, crecerá, y florecerá la verdadera piedad, y madurá en nuestros hijos.

Espanoles de todos sexós, edades, estados, y con- diciones: con todos hablo. No penseis que en esta guerra mas santa aún que la de las Cruzadas, trabajamos para nuestros hijos y nietos; de mas cerca nos toca: peleamos para nosotros mismos, y por salvar ahora en caliente nuestro pellejo. Sabed, que Napoleon va tan de prisa en las faenas militares, que no quiere dexar nada que hacer á sus suce- sores; y parece que se afana por gozar en vida del incien- so de la fama pósthuma. Corremos pronto los vuelos á las águilas.

Esta guerra es muy diferente de quantas hemos sos- tenido dentro y fuera de casa, por su naturaleza, causa, fin, y consequencias. Es en su primer origen defensiva; y así no pende de nuestros deseos ni de nuestra mano su re- mate: pide por su calidad mas vigilancia, y constancia, y gran severidad contra los remisos, vacilantes, ó sospecho- sos. Se trata de vencer, ó vivir esclavos. En la guerra de sucesion que affigió la España, no se trataba de defender la patria, ni la nacion, ni la religion, ni las leyes, ni nues- tra constitucion, ni la hacienda, ni la vida, porque nada de esto peligraba en aquella lucha. Solo se disputaba de qual de los dos pretendientes y litigantes á la Corona de España debia quedar el poseedor, en el supuesto de que podia dexar de recaer en uno de los dos, habiéndose extin- guido la línea varonil de la casa reynante. Estaba la na- cion dividida en dos partidos, como eran dos los rivales,

pero ninguno de ellos era infiel á la nacion en general, ni enemigo de la patria. Se llamaban unos á otros rebeldes y traidores, sin serlo en realidad ninguno, pues todos eran y querian ser españoles, asi los que aclamaban á Carlos de Austria, como á Felipe de Borbon. Era un pleyto de familia entre dos nobilísimos Príncipes, muy dignos cada uno de ocupar el trono de las Españas. Con ninguno perdía la nacion su honor, independéncia, y libertad; solo la corona mudaba de sienes, pero la monarquía quedaba ilesa. Ahora se trata de perderlo todo á manos de un atroz conquistador, que habiéndonos robado el legítimo Soberano, nos quita el derecho y el uso de la soberanía nacional. Los romanos defendian la república en sus guerras civiles, no contra un tirano, ni otra Potencia extranjería, que intentase imponerles el yugo de sus armas y de sus leyes; sino contra alguno de sus mismos ciudadanos, que aspiraban á levantarse con el gobierno. Lo primero hubiera sido una ignominia, lo segundo podia ser una desgracia. La guerra civil era un mal de casa, la libertad pública podia perderse, mas no el pueblo romano ser conquistado por otra Potencia. Sila y Mario, César y Pompeyo, eran romanos, y eran compañeros y combatientes. Cromwel, inglés, dominó á los ingleses, mas no vino de fuera á conquistarlos. Robespierre, francés, dominó y aterró á la nacion francesa; y Bonaparte, general francés usurpó el mando supremo, sin invadir con ejércitos extrangeros el territorio de la república. Mas tolerable y menos ignominioso sería que el vano Godoy se hubiese alzado con la monarquía, ayudado de nuestras mismas tropas ganadas, ó engañadas; que no que un extranjero, auxiliado de tropas de otra Potencia, entrase á subyugar, no menos que la gloriosa monarquía y nacion española. Solo de pensarlo me afrento, y me confundo.

Ya hemos visto el porte, talante, y conducta de las tropas y generales que había enviado para sujetarnos el fementido Napoleon. Son peores que los bárbaros de nacimiento, por que tienen todos los vicios y malicia de na-

cion civilizada, y no la sencillez de la salvaje. Atifa debió su furor á las puertas de Roma al ver al Papa S. Leon, que vestido de pontifical salió á su encuentro con la cruz y los ciriales; y el fiero ladron Dupont hubiera echado ojo á ver si eran de oro, y si en la tiara brillaba algun gran ropacio para el puño de su sable. Por menos temibles y odiosos tendria yo á los Agarénos; por qué estos no disimulan lo que son, ni fingen lo que no son. Creen en Dios, y en pena y gloria eterna, y se puede esperar de ellos alguna virtud moral. Ellos levantarian sus mezquitas, y nos dexarian nuestror templos y nuestror officios: nos quitarian nuestras campanas, no por codicia, sino por religion: pagaríamos nuestros tributos, y no nos impedirian orar al Señor, ni nos darian el ímpio exemplo de la incredulidad. Vuelvo á decir, que mas quiero ser conquistado de moros que de franceses, por que es mas sensible sufrir el desprecio que el odio. Quando desembarcaron los Africanos en España, entraron como enemigos, como conquistadores, como propagadores del Alcorán: no nos engañaron con pretextos ni títulos de amistad y proteccion: no quebrantaron ningun pacto ni alianza pues no la habia: no faltaron á su palabra, pues no la habian ofrecido. Nos cogieron desprevenidos, mas no engañados. Además, la invasion de los moros se executó por mar, y una vez cortada la travesía por nuestras fuerzas navales, se les frustraron las esperanzas de los socorros del Africa; y aun así costó, unos setecientos años el acabarlos de arrojar de nuestro suelo. Considerese ahora, ¿quando llegaria á verse la España libre de estos descreidos conquistadores, francas sus comunicaciones con la matriz sobre un mismo continente?

Por otra parte, parece inagotable la mina de soldados de Napoleon, hasta que rompa sus lazos la Europa. El ya sabemos que no pelea con solos franceses, sino con tropas de todos los Soberanos, que tienen la dicha de ser sus aliados, feudatarios, ó esclavos, que es la misma cosa, y de los conscriptos de los estados y repúblicas italianas,

que para sacarlas de su debilidad è impotencia en las actuales circunstancias, las ha incorporado al territorio del Imperio Francés, que ya barbea con los límites del Imperio Otomano. En sus exércitos solo el sistema militar, la táctica, y el idioma de la ordenanza y del mando son franceses, como tambien la rapacidad reglamentada de los saqueos, la inhumanidad de sus violencias, y la impiedad de sus sentimientos.

Tampoco hay que esperar, segun lo acredita la experiencia en todos tiempos, que el francés se canse de las fatigas y peligros de las campañas: si le sacan llorando de la casa paterna, vuelve á ella cantando, ó echando bravatas. Ni hay que esperar que afloxe por la justicia de nuestra causa: la guerra parece que es su elemento, y prescinde del fin por que pelea: ya muere por coronar reyes, ya por destronarlos, hoy por la libertad, mañana por el despotismo. Va á la guerra como el caballo: el clarín le alienta, y corre con el ginete cristiano contra el moro; cae el ginete de una lanzada, móntalo el moro, y parte con el nuevo dueño contra el cristiano. En los Xefes ya es otra la causa: ayer comian con cuchara de palo, y hoy hacen ascos á la baxilla de plata con que les sirve su patron; ayer de baxos no se veian entre el polvo, y mañana se ven subidos en hombros de la fortuna hasta la alteza de los honores, y del fausto oriental de las riquezas, fruto de las rapiñas y concusiones, que piden al cielo venganza.

Si preguntais á los franceses por qué sufrieron los primeros actos del despotismo absoluto de Bonaparte; os dirán que por no caer en los horrores de otra revolucion cansados ya de verter la sangre de sus hijos, hermanos, y deudos. Y al mismo tiempo que, por una contradiccion propia de cabezas francesas, alegan este temor, entregan al tirano estos mismos hijos, hermanos, y deudos, para que vayan á morir léjos de su patria mas de un millon de jóvenes, no para la gloria ni defensa de su nacion, pues de ninguna es invadida, sino para saciar la feroz

ambicion de un isleño advenedizo, que sujetó primero la Francia para subyugar despues los demás reynos.

No es de hoy mi desengaño, son de fecha mas antigua mis pronósticos sobre las fatales conseqüencias que algun dia pudiera experimentar nuestra patria de las iniquas maquinaciones de este tirano solapado. Centinela muda he sido muchos años, por que no puede nunca gritar *quién vive?* ni llamar *al arma*. Desde la primera paz de Campo-formio, quando entregó la República Veneciana, luego de haberla democratizado, al Emperador de Austria, en el mismo tiempo que en sus proclamas llamaba despotas y tiranos á todos los reyes de la tierra; entreví sus malignos é hipócritas designios; por que desde entónces desconfié de su moderacion y sencillez democrática. Este novel General servia á la República para mejor sojuzgarla despues: á este fin se detenía en Italia, haciendo de ella Repúblicas en miniatura, embaucando y robando á sus habitantes, y pagando literatos, para que corriesen las ciudades como otros tantos apóstoles de la libertad. Todavía me acuerdo de la arenga patética que un tal Monge, enemigo de monges y monjas, pronunció á la republiquilla pacífica de San Mariano. Desde aquella época de farsas revolucionárias se empezó á temer de su corazon hipócrita grandes calamidades en los pueblos seducidos, como se ha visto despues con dolor y espanto. Dondé plantaba con tanta ceremonia árbol de la libertad, ha levantado despues horcas en memoria de su benignidad paternal. Dadle gracias de la felicidad y tranquilidad que gozais, Piamonteses, Genoveses, Milaneses, Venecianos, Boloñeses, y Parmesanos, pues hasta el nombre os ha quitado, para confundiros en la gran piara de sus mansos súbditos.

Nuestra precipitada y desatinada paz de 1795 con la República Francesa habia proporcionado á ese intrépido aventurero las tropas francesas que estaban en Cataluña para la invasion de Italia. Este fué el primer teatro de sus talentos y triunfos militares; á que no contribuian poco la disposicion de los ánimos de aquellos natu-